

¿Qué pasa en mi barrio? Por Noris Moreno

¿Cómo construyes tu futuro cuando tu destino parece ya estar definido? ¿Cómo soñar si parece que te han robado las esperanzas y que no tienes oportunidades?

Estas preguntas se las han hecho muchos venezolanos a partir del empeoramiento de la situación país, sin embargo, existe una población que se ha estado haciendo estas interrogantes mucho antes, puesto que las malas condiciones de vida no es algo nuevo para ellos.

Tenía 14 años cuando me di cuenta de esto, no contaba con capacidades analíticas extraordinarias, era una adolescente normal, pasando por una etapa de muchas inseguridades sobre mi aspecto, con baja autoestima y con ansias incesantes de reconocimiento, de encajar en el grupo y ser aceptada.

Casi toda mi vida he sido tímida, durante esta etapa lo fui aún más, todos me reconocían por ser estudiosa y el blanco perfecto de bullying. No había día en el mis compañeros del liceo que no se burlaran de mi o me hicieran sentir como una tonta, esto me hizo crecer con un fuerte rencor hacía ellos, personas que conocía desde primer grado cuando llegué al barrio en el 2006, quienes a demás eran mis vecinos - la escuela estaba en el mismo barrio en el que vivían todos los niños del sector-, pero esto no fue un impedimento para humillarme con sus malas bromas.

En mi barrio y la escuela, los problemas se resuelven *entrándose a coñazos*, con insultos, venganzas y humillaciones publicas donde las peores groserías no faltan. Incluso, considerarse *malandro* es muestra de gran autoridad. Era evidente la fuerte violencia, sin embargo, todo esto era normal y resultaba divertido ver una buena pelea cuando terminaban las clases.

Aunque muchas veces fui victima, para adaptarme al contexto me convertí en victimaria, le ponía sobrenombres a los demás, criticaba y me burlaba de quienes eran los eslabones más débiles, así fui ganando respeto entre el grupo.

Pero hubo algo que me hizo reflexionar sobre lo que pasaba en el barrio. Una mañana del 10 de mayo de 2013, tres días después de mi cumpleaños número 15, mi mamá y yo despertamos después de una noche de tiroteo en el que se enfrentaron dos grupos de *malandros*. Cuando salí para dirigirme al liceo como todos los días, había un gran alboroto y una vecina estaba echando agua en la calle con una manguera, cuando intento ver que sucede... ahí estaba él, tirado boca arriba en el suelo, con los ojos abiertos viendo al vacío, con la piel muy pálida y la boca abierta dejando caer un hilo de saliva que llegaba cerca de su oreja, sumergido en un poso de sangre que se empezaba a desvanecer con el agua, allí yacía su cuerpo sin vida.

Esa horrible escena quedaría tatuada en mi mente para siempre y me causaría pesadillas, empero, los tiroteos y los muertos en las calles de mi barrio eran algo normal, este solo sería el primer cadáver que vería en mi vida.

El Truly, era un chamo de 18 años - 3 años mayor que yo-, lo conocía de vista, se reunía en un hueco muy grande en la cerca que separaba la calle del barranco, por lo que siempre lo encontraba camino a la escuela junto a un grupo de muchachos que consumían drogas y eran *malandros*. Después de esto, la pandilla del Truly -conformada por jóvenes entre 16 y 25 años- serían asesinados progresivamente por otros *malandros* o por la policía, dejando hijos y familias solas.

Esos fueron los meses de mayor inseguridad, muchas veces teníamos que mantenernos tirados en el piso frío de nuestro hogar por miedo a las balas que sonaban por doquier en los enfrentamientos.

Lo que nunca imaginé sería que mis compañeros, aquellos que conocí desde los 7 años cuando me mudé al barrio, con quienes jugué tantas veces stop, las escondidas

y simulábamos ser los Power Rangers, irían convirtiéndose paulatinamente en los nuevos *malandros*. En el fondo, muchas personas esperaban que esto pasara, ¿qué otro futuro puede tener un niño que vive tanta violencia, desesperado por ser aceptado y reconocido, dónde pareciera que no hay oportunidades?

Es muy común escuchar a los adultos diciendo que *no vale la pena estudiar porque no se gana plata*, lo mismo repetían sus hijos y era la excusa favorita para dejar la escuela, algunos forzados a trabajar para ayudar en sus casas y otros desviados hacia el consumo de drogas y la delincuencia.

Ya en 5to año, la cantidad de compañeros barones se había reducido a la mitad, Jhon, Deikerson, Yorbran, Delinyer, José, Mateo, Nestor y Brayan, los niños que conocí en primer grado y con quienes estudié desde entonces, eran *malandros*, estaban presos, muertos, consumiendo drogas o siendo buscados por la policía, los demás habían embarazado a alguna adolescente o simplemente se mantenían apáticos a los estudios y deseaban terminar el bachillerato con desespero. Mientras mis compañeras, empezaron a salir embarazadas, desde entonces muchos abandonaron la escuela.

Recuerdo nuestra graduación, de 37 estudiantes, solo 22 nos graduamos, pero solo yo ingresaría y continuaría en la universidad. Aunque cuatro mis amigos intentaron estudiar en la universidad, la falta de comida en sus hogares y el gasto de los pasajes terminaría truncando sus sueños.

Cuando somos adolescentes, no hay nada que deseemos más que dejar de sentirnos solos y anhelamos ser queridos porque ni siquiera nosotros mismos nos amamos. En el barrio, con tanta violencia, incluso en el seno de muchas familias, esto empuja a los jóvenes a buscar escapes de esa realidad a través de un conjunto de malas decisiones como las que tomaron mis compañeros y amigos, quienes en su mayoría terminaron repitiendo la historia de sus padres... embarazo precoz, deserción escolar y en el peor de los casos, *malandreo*.

Casualmente, terminé estudiando sociología en la UCV, pude entender porqué ocurrió todo esto y cómo se fue normalizando, así perdoné los años de violencia a los que me sometieron mis compañeros.

Ahora con 22 años, me di cuenta que yo había sido privilegiada por la casualidad, por los padres que me tocaron y por la fuerza interna que desarrollé ante la adversidad. Continuo viviendo en el mismo barrio y estoy viendo como la misma historia se sigue repitiendo con las nuevas generaciones, en un contexto de pobreza aún más dramático.

Considero que hay personas que nacen con cualidades innatas de liderazgo, sin embargo, también existen otros que ante su inconformidad con la realidad, asumen el reto de convertirse en líderes, yo soy una de estos. Fue así como asumí hacer algo al respecto, desde hace un año he estado diseñando un proyecto social para el acompañamiento y el desarrollo de competencias blandas y la visualización de oportunidades de superación para jóvenes de zonas populares, para prevenir y reducir el embarazo precoz, la deserción escolar y la violencia.

Al darme cuenta que no estaba sola, que existen muchos jóvenes con una historia similar a la mía y que tienen el mismo deseo de construir un mejor futuro, tuve el valor de formar un equipo de jóvenes de zonas populares, que se niegan a normalizar la pobreza en la que nacieron y la injusticia de la que son testigos, pero que sobre todo, apuestan por la libertad y los sueños de una mejor Venezuela donde todos tengan la oportunidad de ser felices, así nace el proyecto *Más Resilientes*.

